XVI

¿ABDICARÁ MAXIMILIANO?

Octubre de 1866: Maximiliano está enfermo, debilitado por uno de aquellos accesos de calentura intermitente que lo atormentan desde hace muchos meses y por una disentería tenaz, agotadora; además tiene el estómago destrozado y padece de una enfermedad crónica de la garganta. No obstante, a pesar de las preocupaciones, de los males físicos, no ha perdido aún toda esperanza. A principios del mes, la legación mexicana de París recibió de él un telegrama anunciando el buen entendimiento que reina en México entre todas las clases y la organización completa del nuevo gabinete.

El día 18 recibe dos despachos. Despachos que pretende Herzfeld tener mucha dificultad en descifrar. Maximiliano lo apremia: "Exijo la verdad; estoy preparado para lo peor". Es fuerza hablar. Desde Roma, Castillo da parte de la enfermedad de la emperatriz. "Una grave congestión cerebral". Y Bombelles, desde Miramar, hace saber que la emperatriz llegó, que ha habido consultas de médicos, que llegó de Viena el doctor Riedel. Maximiliano queda solo durante un momento para leer y releer esos textos. Luego llama a su médico, el doctor Basch. Con los ojos llenos de lágrimas, le pregunta:

—¿Conocéis al doctor Riedel?

—¿Riedel? —responde Basch admirado—. Es el director de la casa de alienados de Viena. Uno de los especialistas en enfermedades mentales.

¿Carlota, demente? Maximiliano se siente abrumado. Carlota, su más seguro apoyo. ¿Qué hará sin ella, sin su energía? Por la noche, midiendo a grandes pasos lo largo y lo ancho

de la terraza del palacio, interroga al médico: según él, ¿no sería mejor que él, Maximiliano, saliera de México? Basch aprueba calurosamente esta idea. Pero, vuelve a decir Maximiliano, ¿se creerá que vuelvo a Europa solamente por causa de la enfermedad de la emperatriz? ¿Y qué dirán Herzfeld y Fischer? Herzfeld seguramente pensará como yo, afirma Basch. En cuanto a Fischer, "es un sacerdote, y a pesar de la honorabilidad que yo le suponga, colocará siempre los intereses de su casta por encima de los intereses de Vuestra Majestad", añade.

Vacilante como siempre, el emperador hace venir a Herzfeld y a Bilimek, el sabio, mucho más preocupado por la botánica y la entomología que por la política. Ambos comparten la opinión de Basch. Maximiliano decide salir de la capital y dirigirse a Chapultepec en donde se encerrará para escaparse de los que lo criticarán. Desde allí partirá el 21 de octubre para Orizaba. Orden del médico, dirá Basch. El emperador tiene necesidad de cambiar de aires, de estar en calma. En cuanto a Herzfeld, que tome las medidas necesarias.

Éste, sin pérdida de tiempo, previene al comandante de la corbeta austriaca *Dandolo* que se mantenga listo para aparejar. Pero como este oficial está a las órdenes de Francisco José que puede oponerse al retorno a Europa de su hermano, Herzfeld cree prudente apelar al conde Rességuier, amigo personal del emperador, recomendándole el secreto: ¿le será posible hallar un barco de vela que pueda transportar a catorce personas, Maximiliano, su séquito y los más preciosos objetos?

Desde el momento en que Fischer sabe las noticias, encabeza a la oposición, encabeza a todos los políticos que tienen interés en que se mantenga el imperio, y se presenta en Chapultepec. Pero Maximiliano se rehúsa a recibirlo. Se rehúsa también a ver a Lares, el primer ministro, que le trae la renuncia colectiva del gabinete. Sabiendo esto, Fischer va a donde se hallan los ministros y sin preámbulos les demuestra el error que han cometido. ¿Quieren impedir la abdicación? Ahora bien, oponiéndose a la partida del emperador, aumentan la desconfianza de éste. Que lo dejen partir para Orizaba. Habrá tiempo para discutir, para hacerlo que vuelva sobre su decisión.

Cuando le remitieron la renuncia del gabinete, Maximiliano, en el estado de debilidad y de confusión en que se halla, no reaccionó. Incapaz de encontrar otra solución, recurrió a Bazaine por medio de Herzfeld. El mariscal juzgó que, en las actuales circunstancias, y para evitar temibles complicaciones, valía más esforzarse en mantener el *statu quo*. Prometió que se tomarían medidas para que el gabinete permaneciese en su puesto. El emperador podía partir "con absoluta seguridad". E hizo venir a Lares para mostrarle los peligros de una crisis ministerial.

Bajo estas presiones, cedieron los ministros. Uno de ellos, Arroyo, volvió la misma tarde a Chapultepec, encargado por sus colegas de hacerle saber al emperador que durante su ausencia asegurarían la regencia.

Antes de partir, Maximiliano quiere arreglar muchos asuntos. En primer lugar, el de los Iturbide. Doña Alicia y su esposo, Ángel, ambos inquietos por el giro de los acontecimientos, reclaman que se les entregue a su hijo. Hasta el momento actual, sus cartas y sus gestiones han quedado sin respuesta. ¡Ahora, qué importa! Maximiliano ya no tiene necesidad de un heredero, puesto que deja el trono. Hará que vuelva el pequeño Agustín con su madre, e incluso promete recomendar a la familia Iturbide con el gobierno que remplace al suyo.

Y toma disposiciones que conciernen a sus propiedades personales: la de El Olvido le será entregada al coronel Rodríguez, su ayuda de campo, y la cuadra a los oficiales de ordenanza. Pierron, su jefe de gabinete, se ocupará de Cuernavaca.

Sin embargo, ha empezado a propagarse el rumor de que el emperador invocará el pretexto de la enfermedad de Carlota para salir de la capital y preparar su retorno a Europa. Se murmura que el *Dandolo* está listo para hacerse a la mar, y que se ha transportado a él la colección de objetos de arte reunida por Maximiliano, ciento once cajas, al decir del cónsul norteamericano. Pero el gobierno desmiente esos rumores por medio de las columnas del *Diario Oficial del Imperio*. El emperador irá a Orizaba, sí, para descansar por orden de los médicos. Y también porque, más cerca de Veracruz, tendrá rápidamente noticias de la emperatriz. No es, por otra parte, la primera vez que se ausenta de la capital. Nada ha cambiado. Los ministros resolverán los asuntos acostumbrados y le transmitirán las cuestiones importantes.

El 21 de octubre, a las cuatro de la mañana, Maximiliano parte para Orizaba sin pasar por la capital, con una escolta de soldados franceses y de húsares austriacos. La partida fue apresurada, temiendo el emperador encontrarse en la capital cuando Castelnau llegara a ella. Convencido de que el emisario de Napoleón III le trae a Bazaine su orden de partida, prefiere no ver ni a uno ni a otro. En el camino de Orizaba, en

Ayotla, el cortejo imperial se cruza con el general Castelnau que va rumbo a la capital. Éste solicita una audiencia del emperador, el cual se rehúsa a recibirlo. ¿Para qué una conversación, ya inútil, puesto que abdica? Está ávido de reposo, de olvido.

En la hacienda de Zoquiapan en donde se hace alto, dicta una carta para Bazaine que manifiesta su estado de espíritu. Tiene un tema de preocupación: "descargarse de la responsabilidad que le toca". Indica sus voluntades: no más intervención de las cortes marciales en los delitos políticos; abolición de la ley del 3 de octubre; suspensión de las persecuciones políticas y de "toda especie de hostilidades". Que el mariscal se ponga de acuerdo con los ministros para tomar las medidas necesarias "sin que las intenciones expresadas en el primer párrafo de la carta se divulguen por poco que sea". Estas intenciones son "depositar mañana en manos de Bazaine los documentos necesarios para ponerle término a la situación violenta en que me encuentro, no sólo yo, sino también todo México".

*
* *

Sin embargo, Fischer vigila. Partió en vanguardia a Orizaba. Conociendo bien a Maximiliano, sabe cómo actuar sobre él atacándolo por su punto débil, es decir, probándole que todavía es muy popular. Fischer, que se las ha arreglado para que el viaje dure mucho, organiza una manifestación de entusiasmo. Poco antes de la llegada a Orizaba, informan al emperador que se le recibirá calurosamente. Ha conservado muchos amigos en esta ciudad, se le dice. Sabiendo esto, le da orden a la escolta francesa que lo ha protegido de que permanezca en la retaguardia. No deben ver franceses en derredor de él. Entrará a caballo, seguido solamente de las personas más cercanas a él.

Se siente reconfortado con las aclamaciones que lo reciben. Y Fischer, que tiene sus propias ideas, lo instala en la propiedad de un cierto señor Bringas, clerical intransigente, "viejo pirata enriquecido por el contrabando y la filibustería", al decir de los franceses a quienes odia, porque pusieron fin a sus fructuosas actividades. En Jalapilla la estancia es deliciosa y Maximiliano experimenta una impresión de seguridad y de tranquilidad. Da paseos en coche en el curso de los cuales las personas lo saludan cortésmente. Con Basch y Bilimek, sale a caza de insectos y de mariposas. Su salud mejora

gracias al aire puro y a la calma. La fastuosa hospitalidad de Bringas le impide sentir que está secuestrado.

Fischer maniobra. Le es preciso desembarazarse de Herzfeld que no cesa de empujar a Maximiliano para que salga de México lo más pronto posible. Esta influencia es peligrosa. Hábilmente, Fischer muestra que la partida es una huida, idea insoportable para el emperador. Y le aconseja a éste enviar a Herzfeld a Europa para "preparar los caminos del regreso", y luego se las arregla para impedir toda entrevista entre el soberano y su amigo. Herzfeld embarca sin sospechar que le debe su desgracia y su partida al jesuita. Desde la Habana, siempre preocupado por la seguridad de Maximiliano, conjura a Fischer para que salve a éste. "Cada hora de retraso se convierte en un peligro terrible... Partid, partid de ese país que dentro de unas semanas será teatro de la más sangrienta de las guerras civiles... Por todos lados se aproxima la desgracia..." Fischer triunfa. Ya no hay nadie que contrarreste su acción. El 30 de octubre, el emperador le manifiesta su favor nombrándolo adjunto al primer chambelán, y encargándolo de arreglar sus asuntos personales, lo que aumenta todavía más su autoridad.

Llega entonces de Europa una carta que provocará gran turbación en el espíritu de Maximiliano. Eloin escribe que de ahora en adelante, "sin pudor", el gobierno francés ha arrojado la máscara: prueba de ello son el artículo que desautoriza la entrada en el ministerio de Osmont y de Friant y la misión del general Castelnau, hombre de confianza de Napoleón III. Evidentemente, buscan una solución. Pero para justificar su actitud, Napoleón quisiera que la abdicación del emperador de México precediese al retorno del ejército. Así le sería posible proceder sólo a la reorganización de un orden de cosas favorable a sus intereses. "Tengo la íntima convicción de que Vuestra Majestad no querrá darle esta satisfacción a una política que debe responder tarde o temprano de lo odioso de sus actos y de las consecuencias fatales que serán su consecuencia..." Y Eloin se apoya en argumentos a los que Maximiliano será particularmente sensible. "El abandono de la partida antes del retorno del ejército francés sería interpretado como un acto de debilidad, y el emperador, al tener su mandato por voto popular, al pueblo mexicano será al que deberá apelar nuevamente, al pueblo mexicano desembarazado de la presión de una intervención extranjera, y será a él a quien será preciso pedirle el apoyo material y financiero indispensable para subsistir y crecer. En caso de que el pueblo respondiese con la negativa, S. M. podría volver a

Europa con su prestigio intacto". Eloin insiste en esta cuestión del prestigio. En efecto, el emperador puede estar llamado para desempeñar un gran papel en Europa. Austria, descontenta, reclama la abdicación de Francisco José, desalentado. "Las simpatías por V. M. se comunican ostensiblemente a todo el territorio del imperio. En Venecia, todo un partido quiere aclamar a su antiguo gobernador..." Así, pueden surgir "acontecimientos importantes", y muy bien podrían pensar en Maximiliano. ¡Qué perspectivas se abren en estas líneas! Si Francisco José Abdica, ¿quién sería regente durante la minoría de Rodolfo, quién, si no Maximiliano, el más popular de los archiduques? Después de la lectura de esta carta, Maximiliano murmura como para sí mismo: "¿Regresaré probablemente pronto a Europa?" Sí, pero es preciso actuar, y sobre todo, renunciar a esa partida inmediata que les haría tan bien el juego a los franceses, como dice Eloin.

*
* *

Todo el mundo espera la noticia de la abdicación. Los franceses están convencidos de que Maximiliano partirá antes que ellos. Y Veracruz, la ciudad republicana, se prepara a empavesar, para festejar la partida del emperador. Entró un navío norteamericano en el puerto, el *Susquehannah,* que trae a un ministro, el cual esperará en el lugar mismo para presentarse al nuevo gobierno. A bordo se encuentra también el general Sherman que inspecciona los lugares con ojo avizor. "Todo indica la intención de los franceses de retirarse, y la del emperador que los precederá, porque la fragata austriaca *Dandolo* está lista..." Sabe que ya fueron embarcados los papeles y las colecciones de Maximiliano. Cuando un oficial de la marina francesa se presenta en el barco norteamericano, le asegura al general que, si hubiese llegado ocho días más tarde, Maximiliano ya iría navegando hacia Europa. Ya sería tiempo, porque los espíritus están irritados, el malestar es general, los partidos se agitan, las fidelidades vacilan, y son muchos los que, tomando sus precauciones, hacen doble juego.

Pero el 31 de octubre Bazaine recibió una carta de Maximiliano a propósito del cuerpo de los voluntarios austriacos y belgas, cuya primera frase lo ha intrigado. "En las difíciles circunstancias en que me encuentro, y que, si las negociaciones que acabo de entablar no llegan a feliz resultado, me forzaran a entregar el poder que la nación me ha confiado..." ¿Qué significan estas palabras? Bazaine, que conoce al emperador, olfatea la verdad. "...Aunque todas las apariencias hagan presentir una decisión definitiva de S. M. nada indica de manera absoluta que el emperador deba partir próximamente" (9 de noviembre). Ignora todo lo que pudo influir en el ánimo de Maximiliano, pero la cosa es evidente: éste ha cambiado de opinión.

En Jalapilla todo concurre a pesar sobre su voluntad vacilante y el doctor Basch observa este cambio en su actitud. El ministro inglés, sir Peter Campbell-Scarlett, vuelto de Londres, viene en visita a Orizaba donde permanece durante dos semanas. Ve mucho al emperador y conversa con frecuencia con el padre Fischer. Sus consejos, le dice a Maximiliano que tiene gran confianza en su juicio, "son puramente amistosos, porque la reina le ha recomendado mucho que no se mezcle en ese asunto. Pero, a título privado, se admira de la decisión de abdicar. Si se apelara al país, nada indica que el pueblo no escogería conservar el imperio. A condición de que los franceses se vayan, por supuesto. Después de su partida, una gran parte preferirá adherirse a la bandera imperial para salvar a México, antes que volver a caer en la guerra civil y sus consecuencias". No; el emperador no debe marcharse antes que la asamblea se haya pronunciado.

Se presentan delegaciones en Orizaba, las cuales traen peticiones suplicándole a Maximiliano que se quede. Y, supremo refuerzo, los generales Márquez y Miramón, enviados a Europa en el momento en que Maximiliano intentaba complacer a los liberales, llamados por los conservadores vienen a ofrecer sus servicios. Ambos, hombres conocidos, son muy populares entre los indios; uno, Márquez, astuto, artero, cruel; el otro, Miramón, fogoso, orgulloso, lleno de ambición. Ambos hacen vibrar en Maximiliano la cuerda sensible: ¿Puede un descendiente de Carlos V dejarse expulsar de México por un teniente de Bonaparte? Aluden a componendas secretas entre París y Washington para la elección de una personalidad mexicana capaz de ocupar el lugar del emperador. La llegada de Castelnau, dicen, debe tener por objeto precipitar la partida de Maximiliano.

El 8 de noviembre, una carta de Pierron turba mucho a Maximiliano. El embajador de Austria recibió orden de declarar oficialmente que su gobierno no autorizaría a Maximiliano a dirigirse a Miramar ni tampoco a ningún otro lugar del territorio austriaco. Al día siguiente, una nueva carta rectificando la precedente: el gobierno austriaco le prohibiría a Maximiliano la entrada en el país si hacía publicar por sus agentes diplomáticos, como emperador de México, una circular

reclamando su derecho de sucesión en Austria. ¿En qué se basan esas cartas? En simples rumores, sin duda. Como quiera que sea, Fischer se sirve de ellas diestramente para prolongar este periodo de vacilación que sirve a sus propósitos. Cada día que pasa, es un día ganado.

No obstante, Maximiliano continúa escribiendo mensajes de adiós. "En el momento de separarme de nuestra querida patria..." que por lo demás no serán enviadas. E incluso en un telegrama a su madre le anuncia que se embarca para Europa. Se ocupa de la disolución de la corte; le dirige, para que se lo trasmita al mariscal, un despacho cifrado a Pierron en el que le da a conocer sus voluntades en lo tocante al cuerpo austro-belga y las deudas de la lista civil. Se preocupa porque aquellos que lo siguieron no sean abandonados, y le ruega a Bazaine que intervenga para que "el gobierno que se establecerá aquí después de su partida" mantenga los compromisos que se ha echado a cuestas.

Esta carta tiene el aspecto de un testamento. ¿Es éste el último acto? En esta ocasión, Bazaine ya no lo duda. Y para terminar con todo, redacta, de acuerdo con Castelnau y Dano, una nota que satisface todos los deseos del emperador. Pero este rápido consentimiento produce un efecto contrario al que esperan de él los signatarios. El 18 de noviembre, Bazaine recibe de Maximiliano un despacho "urgente y confidencial", en el que, al mismo tiempo que le da las gracias por el arreglo de los asuntos que le tocan de cerca, añade: "Pero queda aún por arreglar el definitivo, un gobierno estable para la protección de los imperialistas comprometidos". E invita al mariscal a que venga a verlo. Bazaine se abstiene: teme una trampa.

*
* *

Todavía está indeciso el emperador. Descontento por la negativa de Bazaine, aleja a los franceses de su alrededor. Y el padre Fischer alienta este estado de ánimo; le pone ante los ojos la correspondencia que mantiene con sir Peter Campbell-Scarlett; contiene extractos de los periódicos norteamericanos que acusan a Francia de proyectar una cesión de territorios mexicanos a los Estados Unidos de Norteamérica a cambio del reconocimiento de los créditos franceses por el gobierno de Juárez.

En una carta privada, el comandante Karl Krieckl de la legión austriaca, describe con lúcida pluma la situación que priva en ese mes de noviembre de 1866: "El emperador está

en Orizaba rodeado de aventureros y de caballeros de industria. Se halla ahora completamente en manos del partido clerical, y los generales Miramón y Márquez, que pertenecen a este partido, lo halagan con falsas esperanzas. El emperador vacila respecto de lo que debe hacer. Malquistado con los franceses, quiere un día volver a la capital a pesar de ellos; al día siguiente, quiere embarcarse. Todo esto aumenta todavía más la confusión. Según mi opinión, lo mejor que pudiera él hacer, sería partir. La caída del imperio puede ciertamente retrasarse, pero no impedirse, porque el emperador se ha malquistado con todos los partidos".

Maximiliano no logra encontrar los términos de su abdicación. Los modifica sin cesar. Incapaz de tomar él mismo una resolución, recurre al consejo de los demás. Convoca a los ministros y al consejo a Orizaba para el 25 de noviembre, y entonces se decidirá respecto de la conducta que haya que seguir. Los conservadores que lo rodean, han logrado sus fines.

Unos días antes de la apertura de la conferencia, recibe al doctor Bohuslavek, el cual, habiendo llegado de Roma, le da todos los detalles acerca del estado de Carlota. Maximiliano se siente profundamente afectado con ello. El padre Fischer le recomienda a Blasio, que se presentó poco después, que no haga ninguna alusión a la demencia de la emperatriz a menos que el mismo emperador aborde ese asunto. Cuando Blasio ve a Maximiliano, éste le plantea mil preguntas acerca de su viaje, pero no dice palabra sobre Carlota. De allí a poco, sabrá —dice—, si permanece en México o si regresa a Europa. El secretario nota hasta qué punto las emociones y los recientes acontecimientos han marcado su rostro y alterado su humor. Nada ya de bromas. Y su cabeza, hasta hace poco de porte tan noble, está "curvada como bajo el peso de preocupaciones y penas".

El 25 de noviembre empiezan los trabajos de la conferencia. Vinieron dieciocho consejeros, entre ellos cuatro ministros. El emperador, vestido de gris muy sencillamente y sin la menor condecoración, pronuncia de pie un discurso muy breve. No quiere, declara, tomar una decisión definitiva sin haberla deliberado con sus consejeros fuera de toda ingerencia francesa. Después de haber saludado a cada uno de los asistentes, se retira y se va a caza de mariposas con Basch y Bilimek, en tanto que los demás discuten su suerte con animación.

En la votación, ocho se pronuncian por la abdicación y diez por el mantenimiento del imperio (entre éstos últimos, cuatro votos son de ministros). Pero para sostener el imperio, se necesita dinero. ¿Dispone el gobierno de recursos suficientes